

Reacciones antinucleares o movimiento antinuclear

Alain Touraine

Introducción

Los muy numerosos escritos acerca de los problemas sociales planteados por el desarrollo de una industria nuclear civil pueden clasificarse en tres categorías. En primer lugar, los que presentan el problema nuclear, esto es, las ventajas y los inconvenientes de la utilización de la energía atómica. Luego, los trabajos sobre la política nuclear y en particular sobre la participación de los científicos en la decisión política; por último, la descripción y el análisis de las conductas colectivas suscitadas por la industria nuclear. Entre estos últimos trabajos figuran, naturalmente, en primera fila las encuestas de opinión, pero también investigaciones más complejas y más interpretativas. Esta categoría es la única que nos interesa aquí,¹ pues resulta arbitrario suponer que todas las formas de crítica o de rechazo de utilización de la energía nuclear pertenecen al mismo conjunto cultural o social y tienen el mismo sentido. Es más verosímil considerar que un cambio de tal importancia provoca un conjunto de reacciones cuyo único punto en común es ser respuestas a los mismos acontecimientos —y que, de hecho, tienen sentidos completamente opuestos. Asimismo, los estudios sobre el movimiento ecológico han mostrado de modo elocuente que, bajo ese mismo vocablo, cabían tanto reacciones de defensa de intereses creados como utopías o proyectos de transformación fundamental de la sociedad.

El problema que examinaremos aquí, a partir de una investigación realizada en Francia de 1977 a 1979, es el de las condiciones y de las formas de aparición de un movimiento social dentro de las reacciones antinucleares. Entiendo por movimiento social una acción colectiva organizada

¹ Cfr. A. Touraine, Z. Hegedus, F. Dubet y M. Wieviorka, *La prophétie anti-nucléaire* [La profecía antinuclear], París, Seuil, 1980 (será publicado en inglés por Cambridge University Press).

entablada contra un adversario social y por la gestión de los medios a través de los cuales una sociedad actúa sobre sí misma y sobre sus relaciones con su entorno. Se puede hablar, más sencillamente, de movimiento social cuando un actor colectivo definido en términos sociales se opone a un adversario definido igualmente en términos sociales y cuando ambos tratan de dirigir o de apropiarse recursos culturales considerados como de gran importancia. Resulta evidente que no todas las reacciones antinucleares forman parte de un movimiento social. Cuando se trata de la defensa de colectividades locales amenazadas por un cambio que no controlan, de grupos de presión deseosos de imponer reformas institucionales o, por último, de una acción que pone en tela de juicio la cultura industrial más que un poder social, es inútil e incluso peligroso introducir la noción de movimiento social. Esto no quiere decir que tales conductas colectivas sean menos importantes sino tan sólo que son de otra índole. Por supuesto, se puede criticar el empleo que hacemos aquí de la expresión "movimiento social" y preferir remplazarla por otra, pero lo esencial es definir el objeto de la investigación como la separación de diversos tipos de conductas colectivas y la búsqueda en las conductas antinucleares de un conflicto que enjuicie las orientaciones más fundamentales de un sistema socioeconómico.

I. Una percepción no social de un problema social

Es raro que un problema social sea reconocido primero como tal y que las conductas que suscite sean interpretadas desde el principio como un movimiento social. Por el contrario, es muy frecuente que la existencia de un problema social sea negada y encubierta por el choque directo de ideologías opuestas que tienen en común naturalizar los problemas sociales o transformar profundamente su contenido social.

La ideología de los medios dominantes consta de dos aspectos principales. Por una parte, presenta la industria nuclear como una necesidad natural por razones tecnológicas y económicas. Frente al encarecimiento del precio del petróleo y la fragilidad de los abastecimientos del mundo occidental, es inevitable, según ella, recurrir a la energía nuclear. Este razonamiento es presentado con una fuerza particular en los países más pobres en fuentes de energía y, por consiguiente, más dependientes de las importaciones. Los razonamientos de tipo más estrechamente económico, referentes en particular al precio de costo del Kwh de diferentes orígenes, tienden igualmente a remplazar el debate social por la afirmación de una racionalidad indiscutible.

El otro aspecto de esta ideología echa mano de las realidades sociales pero transformándolas para sustituir un problema social interno por el

enfrentamiento de una sociedad con sus enemigos exteriores. En este caso, **la necesidad de construir una industria nuclear se presenta en términos de estrategia militar y de defensa de la independencia nacional.**

En el bando contrario, se observan las dos mismas maneras de desocializar el problema social. En primer lugar, la utilización industrial de la energía nuclear suele condenarse por razones tan naturales y tan poco sociales como las que, en el otro lado, son movilizadas a favor de la política pronuclear. El miedo de la catástrofe, de la explosión, del accidente importante desempeña aquí un papel fundamental. Por otra parte, la crítica social y política manifestada por los antinucleares tiende a mostrar que la industria nuclear implica forzosamente una dictadura policiaca o un régimen represivo. Esto conduce, paradójicamente, a imponer la idea de un determinismo tecnológico que más bien suele expresarse en los medios dirigentes. Hemos observado con cuántas dificultades renuncian los militantes antinucleares a este tipo de argumento que debería, en realidad, invertirse a fin de mostrar que lo que determina la elección de una política energética y la prioridad otorgada a la energía nuclear sobre otras maneras de actuar, sea sobre la oferta, sea sobre la demanda de energía, es cierto modo de decisión política y, en particular, la concentración de la información y de la decisión. Otra versión de esta crítica no social del poder nuclear consiste en defender la identidad y los intereses de un grupo social contra cualquier cambio procedente del exterior, sin introducir ningún análisis de las relaciones sociales y, en particular, de las relaciones de dominación que unen la colectividad considerada y los agentes externos de cambio.

La formación de un movimiento antinuclear depende, pues, no de la capacidad de movilización de una población, como se dice a veces en términos demasiado generales, sino de su capacidad de transformar ese análisis no social de un problema social en análisis social.

En el caso del problema nuclear, otro obstáculo se opone a dicho análisis social. Se trata, en particular para los países europeos, de la situación constituida para ellos por la pérdida de la hegemonía que ejercieron durante varios siglos sobre la mayor parte del mundo. Estos países se habían acostumbrado a considerar que sus cambios sociales tenían causas esencialmente endógenas: sistemas de valores, descubrimientos científicos y tecnológicos, iniciativas políticas, etcétera. Ahora bien, el problema nuclear y los problemas energéticos en general cobran una importancia creciente en el mismo momento en que estas sociedades, por primera vez desde hace mucho tiempo, advierten que están sometidas a determinantes exógenos de cambio, de tal modo que su porvenir ya no depende de su funcionamiento propio sino más bien de acontecimientos ampliamente imprevisibles y que son percibidos como amenazas y peligros más bien que como oportunidades brindadas. Cabe interrogarse aquí acerca de la capacidad de esas sociedades para seguir creando movimientos sociales. Éstos nunca pudieron cobrar una gran importancia en las sociedades propiamente dependientes, que están desposeídas tanto de su futuro como de

su pasado, y que parecen no tener más historia que la historia de los otros. Desde este punto de vista, se puede considerar que las sociedades occidentales, y en particular las sociedades europeas, son sociedades en decadencia, esto es, que dejan de producir su historia y su sentido, y son cada vez más dependientes de lógicas externas. Al plantearnos el problema de la formación, de la construcción de un movimiento social, no debemos formular la hipótesis de que el éxito de esta construcción es algo "normal". Cabe interrogarse, por el contrario, acerca de la importancia de las fuerzas que tienden a la desagregación de dicho movimiento social.

En resumen, dos preguntas deben plantearse al inicio de esta investigación. ¿Cómo puede convertirse el problema nuclear en un problema social? Y, en segundo lugar, ¿de qué índole es la acción social considerada? ¿Se trata acaso de un movimiento social o, por el contrario, de formas de desagregación de un movimiento social irrealizable, sea por razones sociales, sea por razones históricas, sea por ambas a la vez?

II. Los obstáculos a la aparición de un problema social

1. Se puede formular la hipótesis de que la transformación de conductas de respuesta a una situación en movimiento social depende de dos condiciones principales. La primera es que exista un espacio político *autónomo*, o sea un conjunto de instituciones que permitan la expresión al mismo tiempo que el tratamiento al menos parcial de los conflictos sociales. La segunda es que exista en la sociedad considerada una capacidad de definir las fuerzas, las relaciones y los conflictos *centrales*. Se advierte fácilmente que esas dos condiciones no son solamente complementarias sino, en una amplia medida, opuestas. Es en las sociedades más "civiles", aquellas en que los mecanismos institucionales están más diversificados y más abiertos, donde el espacio político permite con mayor facilidad que se desarrolle un movimiento social; pero estas sociedades también son las que mueven a la separación, a la segmentación de los problemas y de los conflictos sociales. Por el contrario, cuando el Estado es fuerte, cuando la clase dirigente es no solamente la que dirige la producción sino también la que mantiene y controla el orden social y cultural, existe una fuerte tendencia de los conflictos o aglomerarse unos con otros y hacer surgir un conflicto central. En forma muy esquemática, podríamos ejemplificar diciendo que la sociedad norteamericana propicia los movimientos sociales brindándoles un espacio político muy autónomo pero los desfavorece al dispersarlos, en tanto que la sociedad francesa, por ejemplo, les permite concentrarse fácilmente y, por lo tanto, asignarse objetivos fundamentales pero los obstaculiza al no brindarles a menudo más que un espacio político estrecho y poco garantizado.

2. La primera dificultad con que se topa la formación de un movimiento antinuclear es la imposibilidad de identificar el conflicto en torno a la industria nuclear con un conflicto de clases. Esto se debe, en primer lugar, a la importancia de los problemas tecnológicos en este campo, lo cual implica que el movimiento antinuclear sea mucho más fácilmente un movimiento cultural que un movimiento social y ponga en tela de juicio ciertos valores más bien que ciertos mecanismos de decisión o un poder. Se puede incluso decir que en muchos países la utilización civil de la energía nuclear ha sido considerada como una "redención" de ésta. Los físicos han insistido mucho, por ejemplo en Francia, en las perspectivas positivas que abría la utilización civil de la energía nuclear y que se oponía a sus usos militares. La producción de electricidad parecía salvar la energía nuclear hasta entonces identificada con la bomba de Hiroshima. Por último, como dijimos, la importancia de las coacciones exteriores, internacionales, hizo que la elección de una política energética apareciera más como iniciativa del Estado que como una elección propiamente social, esto es, tomada en nombre de ciertos intereses y de ciertos grupos sociales contra otros. Por último, al menos en el caso de Francia, cabe señalar que el hecho de que la ideología tradicional de la izquierda exaltara el desarrollo de las fuerzas de producción, de la ciencia y de la tecnología, produjo una gran confusión. En este país, el partido comunista siempre fue uno de los principales defensores de la industria nuclear, insistiendo tan sólo en que, en este campo como en otros, las nacionalizaciones ampliaran el papel del Estado, identificado por principio con el interés general, en detrimento de las empresas privadas, nacionales o transnacionales. Así, la formación de un movimiento antinuclear no pudo situarse dentro de la oposición tradicional de la derecha y de la izquierda. Todavía recientemente el debate sobre el *breeder* mostró que el partido comunista era un defensor aún más apasionado de este nuevo tipo de reactor nuclear que los partidos de la mayoría y que el partido socialista, y esto de manera matizada y a costa de fuertes tensiones internas, era el único en oponerse a la construcción de este nuevo tipo de planta.

3. En lo tocante al otro determinante principal de la formación de un movimiento social, la situación difiere mucho de un país a otro. Francia es un caso casi excepcional, pues la firmeza del gobierno la condujo a oponerse muy vigorosamente a todas las manifestaciones antinucleares hasta que, en 1977, la gran manifestación convocada para protestar contra la concentración del *breeder* arrojó como saldo un manifestante muerto y otro herido.

En cambio, en otros países, los mecanismos de discusión y de negociación se han desarrollado considerablemente. Tal es el caso, en particular, de los países escandinavos. Por último, en Estados Unidos la fuerza del movimiento de opinión careció quizá de un efecto político tan directo, al menos en la medida en que la política nuclear norteamericana fue determinada en gran parte por el temor de la proliferación de armas nu-

cleares, preocupación característica de un país que ejerce un liderazgo militar, lo cual no es el caso de los países europeos. En términos generales, el movimiento antinuclear, como muchos movimientos de reivindicación y de impugnación actuales, se desarrolló mucho más fácilmente como corriente de opinión que como fuerza de presión política y como fuerza de presión política que como movimiento social propiamente dicho.

4. Esta tendencia se fortaleció por la asociación del movimiento antinuclear con los movimientos contraculturales de la década pasada. En todos los países, y en Estados Unidos más que en otros, la reacción antinuclear se asoció con una duda acerca de los valores de productividad y de crecimiento que habían dominado a los países industriales durante una generación. Un hecho nuevo es que esa crisis afectó igualmente a un sector notable de los científicos, en parte porque los físicos tuvieron la impresión de que su disciplina se agotaba en cuanto a su creatividad propiamente científica, y por otra parte de que no se hallaban cada vez más subordinados a los tecnólogos. Finalmente, un último obstáculo a la formación de un movimiento social, en particular en Francia, estriba en la importancia creciente de los problemas directamente económicos en la vida política. El lenguaje de los gobiernos se vuelve muy a menudo análogo al de los empresarios; la mayoría y la oposición parecen oponerse como dos equipos de administradores que tratan de mostrar que uno es más competente que el otro. Los problemas, los conflictos y los movimientos sociales parecen desagregarse. Por un lado, preocupaciones de empresarios; por el otro, reacciones propiamente culturales surgidas en nombre de la supervivencia o de la vida privada; entre las dos un sistema de instituciones y de expresiones políticas que permanece relativamente abierto. Esta situación, que se repite en formas muy diferentes en la mayoría de los países occidentales, tiene por resultado desmembrar los movimientos sociales posibles, separar sus componentes culturales, políticos y económicos en vez de acercarlos unos a otros y propiciar la formación de un conflicto central.

III. Las etapas de formación de un movimiento social

1. Resulta insuficiente pensar que la socialización del problema social conduce natural y forzosamente de una retirada cultural a un movimiento social. En realidad, la evolución puede efectuarse en dos sentidos opuestos, sea hacia la formación de un movimiento social, sea hacia lo que se puede llamar un *contramovimiento social*. En tanto que un movimiento social es el conflicto de dos adversarios sociales por la gestión de recursos culturales, el contramovimiento social es la defensa de una comunidad contra

un enemigo considerado como exterior o extranjero, de tal modo que no puede haber nada común en juego entre ambos adversarios. La expresión más clásica del contramovimiento social es el nacionalismo que se enfrenta a un nacionalismo opuesto. Es válido hablar de contramovimiento social pues tales movimientos se oponen abiertamente a los movimientos sociales acusándolos de dividir a la comunidad amenazada, llegando incluso a acusarlos de traición y a eliminarlos como chivos expiatorios. En el caso de los movimientos antinuclear y ecologista, así como en el caso de movimientos regionales o urbanos, existen fuertes tendencias a la aparición de contramovimientos sociales, a partir del llamamiento a la defensa de la identidad, de la comunidad o de una región contra un Estado que, aun si es el Estado nacional, puede ser considerado como extranjero. Suele suceder que esta defensa local recurra a valores tradicionales y se oponga a una modernidad juzgada peligrosa en sí misma. En el caso de Francia, cabe recordar que el tema de la defensa del terruño contra el Estado alimentó durante mucho tiempo formas de pensamiento y de acción propiamente reaccionarias. Basta con evocar el pensamiento de Charles Maurras que reivindicaba la patria real contra la patria legal, o también ciertas tendencias importantes del movimiento bretón que, desde antes de la guerra, se habían aliado al nacionalsocialismo alemán con el que contaban para liberarse del Estado francés. En forma más moderada, se comprueba con frecuencia que la resistencia a la instalación de las centrales nucleares es entablada sobre todo por categorías medias y a veces incluso, como en el caso del Nogentais cerca de París, por notables locales. Asimismo, algunos investigadores han mostrado que esos movimientos podían desembocar en la aparición de nuevos notables opuestos a una generación de antiguos notables que han perdido desde hace tiempo su influencia. Algunos como J. P. Faivret, D. Walton y D. Missika llegaron a denunciar en los ecologistas una tendencia a un control ideológico muy fuerte que podría incluso considerarse como totalitario. Aun si tales afirmaciones son excesivas y en realidad sólo pueden concernir a unos cuantos grupos más definidos o a algunos individuos, no es muy seguro que esas tendencias propiamente defensivas no se opongan a la formación de un movimiento social en vez de prepararlo. En todo caso, hemos observado en Francia una distancia muy grande entre esos movimientos de defensa local y lo que se llama la ecología política o el movimiento antinuclear, tal como se ha constituido en el nivel nacional.

2. Otra cosa es la tendencia a valerse del tema antinuclear y, en forma más general, de las luchas contra las grandes obras para defender la democracia local. Este tema es de particular importancia en Francia donde los municipios, los departamentos y las regiones tienen una autonomía muy limitada, en tanto que los representantes del poder central son omnipotentes. Es sobre todo en Alsacia, quizás porque el movimiento regional o incluso nacionalista está considerablemente desvirtuado por los recuerdos de la guerra, donde el movimiento antinuclear se ha asociado más es-

trechamente con esos temas de defensa de la democracia local que se encuentran casi idénticos del lado alemán y del lado suizo del Rhin. En este caso, la defensa local ya no es conservadora: es a la vez tradicionalista, libertaria y modernizadora.

3. En el caso francés, el aspecto más específico del movimiento antinuclear y lo que más le ayudó a superar las orientaciones y las formas de acción que acabamos de evocar, fue el nexo que se estableció entre él y una de las grandes confederaciones sindicales, la C.F.D.T. Este nexo se estableció de dos maneras. En primer lugar, dentro de las propias plantas nucleares, y en particular de la gran planta de reprocesamiento de La Hague. A pesar de las dificultades, la sección sindical C.F.D.T. de la empresa, que es muy activa, logró establecer estrechas relaciones con los militantes ecologistas locales. Realizó, asimismo, una película antinuclear que fue proyectada en todas las regiones del país. Pero este ejemplo no debe engañarnos. En su conjunto, los trabajadores de la industria, aun cuando están afiliados a la C.F.D.T., son poco sensibles al tema antinuclear, sobre todo en las regiones en que las centrales o las plantas representan una fuente muy importante de empleos bien remunerados. Así, un segundo tipo de nexo desempeñó el papel más importante. Debido a su naturaleza y a sus tradiciones, la organización sindical orientó la acción antinuclear hacia la definición de un conflicto social. El término mismo de antinuclear indica que la acción se define ante todo, en este caso, por el adversario que combate. Esta definición de un conflicto social es lo que permite que la acción antinuclear supere las ambigüedades de la retirada cultural o los límites de una simple presión a favor de la descentralización de las decisiones y del desarrollo de la democracia local. De este modo se constituyó una vanguardia del movimiento antinuclear que dio a su acción una orientación social y política general. Un ejemplo lo muestra. La noche misma del accidente de Three Mile Island, un grupo de militantes antinucleares se reúne en París para redactar el texto de una petición. Ésta fue adoptada luego por la C.F.D.T., cierto número de organizaciones e incluso por el partido socialista. Lo notable, dadas las circunstancias en que fue redactado, es que ese llamamiento no hace referencia alguna al miedo de una catástrofe. Está esencialmente centrado en el tema de la democracia, en la solicitud de un referéndum y en la elaboración de planes energéticos regionales. Esta tendencia se acompaña de la sustitución de actitudes antimodernizadoras por actitudes hipermodernizadoras. Las encuestas mostraban ya que los antinucleares activos tenían un nivel de educación y, en particular, de formación científica muy superior al del conjunto de la población, y sobre todo al de los pronucleares pasivos. Pero los técnicos, ingenieros y científicos, a menudo afiliados a la C.F.D.T., criticaron sobre todo la política nuclear del gobierno acusándola de ser una respuesta muy insuficiente a la crisis energética. Exigieron que la acción atienda a la vez todas las ofertas de energía y la demanda de energía, insistiendo en la necesidad de desarrollar y acelerar la utilización de la energía solar así

como en la necesidad de disminuir la desigualdad de los ingresos y de alejarse de la sociedad llamada de consumo, a fin de reducir el consumo de energía y abatir la correlación que existe entre el crecimiento económico y el crecimiento energético. Esto los condujo a presentar contramodelos de desarrollo entre los cuales algunos resultaban sumamente tecnicistas para no decir tecnócratas. Resulta difícil evaluar la influencia real de esta vanguardia que constituye lo que se llama la ecología política. En todo caso, no cabe duda de que existe una gran distancia entre las reacciones antinucleares, en particular locales, y ese movimiento antinuclear. Las reacciones antinucleares han sido particularmente importantes en el sudeste de Francia así como en regiones rurales o semirurales. En cambio, el movimiento antinuclear se desarrolló sobre todo en las grandes ciudades y en las regiones industriales. Por otra parte, se han observado constantemente relaciones difíciles entre los habitantes que resisten al proyecto de implantación de una central y los militantes antinucleares, a menudo fuertemente politizados, y que proceden sobre todo de las ciudades.

IV. Una intervención sociológica

Estas observaciones a las que puede llevar el estudio de los documentos no permiten responder directamente a la pregunta: ¿la lucha antinuclear y, más ampliamente, la ecología política, son portadoras de un movimiento social?, ¿están comprometidas en un conflicto de importancia central para nuestra sociedad? Defensa local, crisis de los valores industriales, resistencia a las decisiones autoritarias del Estado, miedo de una catástrofe pueden, al combinarse y superponerse, crear la ilusión de la presencia de un movimiento social, ilusión que el tiempo se encargaría de disipar. Nada prueba la presencia de esta significación más central y más elevada que las demás, y sobre todo nada impone a un análisis de tipo histórico partir de esta significación para interpretar los demás aspectos de la lucha antinuclear.

Este límite de los métodos históricos corrientes —debilitados por el hecho de que se aplican a la historia inmediata— me indujo a recurrir a otro método que ya había elaborado y aplicado en otro caso en años anteriores: *la intervención sociológica*, cuyos principios y procedimientos fueron presentados en *La Voix et le Regard* [La voz y la Mirada] (que será publicado en inglés por Cambridge University Press). No presento aquí sino su aspecto principal.

Los investigadores, después de haber formado varios grupos de militantes a quienes inducen paulatinamente a llevar a cabo el análisis de su propia acción, formulan una hipótesis, a la vez por su participación en esos grupos y por su conocimiento de documentos históricos, referente al

movimiento social que podría otorgar su mayor importancia a la lucha considerada. Presentan esta hipótesis al grupo esforzándose para que ese grupo se sitúe a sí mismo desde el punto de vista del análisis, esto es, para que consideren su propia lucha desde el punto de vista del movimiento social de que puede ser portadora. Por supuesto, esta tentativa puede fracasar y, si la intervención del investigador se realizó correctamente, este fracaso indica que esa lucha no puede ser vivida como un movimiento social por los propios militantes. Si incluso el liderazgo ejercido en el grupo por el investigador indujera a ese grupo a aceptar aparentemente una hipótesis que no corresponde en realidad a sus conductas, pronto resultaría que dicha hipótesis produce desorden y no inteligibilidad en las reacciones del grupo. A la inversa, si la hipótesis es correcta, el grupo se muestra capaz de asumirla y de utilizarla en primer lugar para reinterpretar su acción militante pasada, en segundo lugar para analizar su historia como grupo y en tercer lugar para elaborar un programa de acción y juzgar las respuestas del entorno a ese programa.

La hipótesis es tanto más pertinente cuanto que produce entre los miembros del grupo una configuración de opiniones y de actitudes más estable, más clara y más coherente, de tal modo que los militantes estén claramente situados unos respecto de otros cuando adoptan la hipótesis del investigador, como marco de referencia. Este trabajo exige, por consiguiente, una investigación de larga duración durante la cual los investigadores pasan varias decenas de horas con el mismo grupo. Procuramos también que el estudio se lleve a cabo en varios grupos y se reproduzca con nuevos grupos y con varios meses de intervalo. El momento central de la investigación es cuando, después de una preparación de varias semanas, el investigador presenta sus hipótesis y se esfuerza por realizar lo que llamamos la conversión del grupo, o sea su paso al análisis de su lucha en términos de movimiento social.

Durante la fase principal de esta investigación, trabajamos con un grupo de militantes antinucleares procedentes de París, de la región parisina y de la planta de procesamiento de La Hague, y con otro grupo formado por militantes antinucleares locales de la región de Malville y por militantes de Grenoble. Ambos grupos incluían agricultores, científicos, maestros y militantes ecologistas activos. Observamos que el grupo de París lograba pasar con bastante éxito y constancia del lado del análisis y podía reinterpretar su experiencia pasada y presente en los términos introducidos por los investigadores. Por el contrario, en el grupo de Grenoble-Malville, esta "conversión" fracasó; en particular porque algunos ecologistas partidarios de la violencia, aliados a los militantes locales de la región de Malville, se opusieron a nuestro esfuerzo por introducir un análisis de su lucha en términos de movimiento social, permaneciendo apegados a una ideología de rechazo del Estado y de búsqueda de una sociedad de equilibrio, por lo tanto a una mezcla de rechazo cultural y de rebelión libertaria, lo cual les impidió llegar a la idea propiamente central. En cambio, los ecologistas y sindicalistas de París se alejaron cada vez más de reacciones

en términos de miedo o de rechazo de la modernidad y se dedicaron a definir de manera cada vez más elaborada su acción como antitecnocrática, por consiguiente en términos de lucha contra un adversario por algo en juego de alcance general, más bien que como la oposición de un tipo de cultura a otro. Cabe señalar, por lo demás, que la petición de la que hablamos más arriba fue espontáneamente elaborada por algunos de los miembros de nuestro grupo de París y que, en forma más general, el efecto de esta investigación se deja sentir todavía hoy en día dentro del movimiento de la ecología política en cierto número de militantes. Sin embargo, las conclusiones de esta investigación deben ser prudentes, pues si bien el grupo de París y, más tardíamente, una parte del grupo de Grenoble evidenciaron la validez de la hipótesis según la cual la lucha nuclear está relacionada con un conflicto social fundamental, ambos grupos, al igual que los que formamos posteriormente, se mostraron incapaces de transformar esta orientación de principio en programa de acción. Esto nos permite afirmar que la acción antinuclear es portadora efectivamente de un movimiento social, pero no es capaz de transformarlo en acción organizada. Existe una distancia al parecer insalvable entre las reacciones defensivas de una base sobre todo local y los contraproyectos de desarrollo y de organización social de que son portadores los militantes sindicalistas o ecologistas.

V. La solución electoral

La distancia entre esas reacciones de defensa cultural y esos contraproyectos sociales y económicos fue probablemente lo que definió el espacio en que comenzó a organizarse una fuerza propiamente política y en particular electoral. Después del verano de 1977 y el fracaso sangriento de la gran manifestación de Malville, se asiste en Francia, como lo muestra la serie de encuestas de opinión, a un retroceso paulatino de la opinión antinuclear. Ésta sólo fue mayoritaria durante un breve período, a finales de 1976 y principios de 1977; no ha dejado de retroceder desde entonces, hasta representar en 1980 apenas más de la cuarta parte de las respuestas. Al mismo tiempo, el movimiento de ecología política no lograba organizarse. Por dos razones principales. La primera es el efecto directo de esa distancia entre la resistencia cultural y la acción política y social, que se tradujo por una oposición cada vez más aguda entre dos componentes de la acción antinuclear. La otra es la crisis política de la izquierda y la gravedad de los debates que surgieron dentro del movimiento ecologista, como los movimientos regionalistas o el movimiento feminista, para saber si debían integrarse en los partidos políticos de oposición o conservar su independencia.

El hecho de que una clara mayoría de los militantes ecologistas y antinucleares se haya mostrado muy opuesta a una vinculación con los partidos políticos de izquierda (y con mayor razón de derecha), explica que se haya formado un movimiento político que, en 1980, consigue organizarse en el nivel nacional. Este movimiento político se opone a la reacción de crítica del crecimiento industrial capitalista que había dominado la campaña de René Dumont en la elección presidencial de 1974, y también se opone a la tendencia predominante del voto ecologista durante las elecciones europeas de 1979 que había sido dominado por la tendencia alsaciana. Pero las encuestas muestran que el voto ecologista se separa claramente de la participación en un movimiento antinuclear y no es mayor en las circunscripciones electorales en que se había desarrollado una acción antinuclear. Por otra parte, la mayoría de los militantes antinucleares se orientan hacia la izquierda, en tanto que los que manifiestan su simpatía por un candidato ecologista pueden ser tanto de derecha como de izquierda y la mayor parte del tiempo pueden definirse como centristas, lo cual parece apoyar la hipótesis ya antigua de Ozouf que veía en el voto ecologista una sustitución del voto centrista prácticamente suprimido por la polarización de los electores en torno a los dos candidatos de la segunda vuelta de la elección presidencial.

En el momento en que escribimos este texto, la importancia previsible del voto ecologista durante la próxima elección presidencial será, al parecer, más fuertemente afectada por las decisiones que serán tomadas en los partidos políticos que por iniciativas interiores al propio movimiento ecologista. Es muy probable, en particular, que las intenciones de voto ecologista disminuyan sensiblemente si el partido socialista presenta la candidatura de Michel Rocard. Esto significa que lo que determina la fuerza electoral ecologista es profundamente diferente de la razón de ser y de la fuerza de la lucha antinuclear. Sería erróneo decir que un movimiento social se transforma en acción política. En este caso como en muchos otros, se puede hablar de un paso precoz a la expresión política, aun antes de que se haya desarrollado y organizado un movimiento social en el sentido estricto. Esto puede producir por contragolpe el desarrollo de formas extremas, incluso sectarias, de reacciones antinucleares. En este caso, el movimiento social presente pero débil, desgarrado entre una expresión electoral muy indirecta y formas de rechazo o de repliegue, se desagregaría y no alcanzaría la existencia histórica.

Debemos observar que las reacciones antinucleares, así como el conjunto de las actitudes de los ecologistas, no están unificadas. Sería excesivo decir que a partir de reacciones de miedo y de contracultura se construyó un movimiento antinuclear que pone en tela de juicio el poder tecnocrático. En realidad, a partir de reacciones contraculturales se ha abierto todo un abanico de reacciones unas veces neoconservadoras, otras reformistas, y otras más, por último, conscientes de representar un movimiento social de importancia central y capaz de desempeñar en la sociedad futura un papel tan importante como el que desempeñó el movimiento

obrero en la sociedad industrial clásica. Pero ninguna de esas tendencias prevalece sobre las demás, de tal modo que las reacciones antinucleares permanecen social y políticamente indeterminadas.

La única conclusión que puede ir más allá de esta observación es reconocer que las reacciones y las luchas antinucleares constituyen un cambio considerable del campo político. Es la primera vez que los problemas del trabajo y de la producción dejan de ocupar un lugar central en la vida política. Resulta difícil considerar el movimiento antinuclear como un aspecto particular de los movimientos de consumidores; en cambio, cabe decir que así como en el siglo XIX la economía se volvió política, en nuestra época la cultura a su vez se ha vuelto política. El movimiento ecologista, y en particular la acción antinuclear, han enjuiciado no sólo formas de organización del trabajo y de la producción sino los valores, las finalidades de una sociedad. El carácter fundamental de su protesta es lo que explica en gran medida la debilidad de su construcción y de su organización, pues esta impugnación de los fines de la sociedad se confunde más fácilmente con un repliegue cultural que con una acción propiamente política.

Sigue planteándose el problema de saber si a partir de esas reacciones diversas y a menudo contradictorias surge en la vida política un nuevo tema que, sin tener la capacidad de organizar en torno a él lo esencial de los debates políticos, resiste a las interpretaciones tradicionales y significa una transformación de la naturaleza de los problemas y de los conflictos sociales más importantes. Resulta tan difícil emitir esta conclusión como lo era demostrar la importancia central del movimiento obrero a mediados del siglo XIX. Éste oscilaba entre su dependencia respecto de movimientos políticos como el cartismo en Inglaterra o el movimiento republicano en Francia y un sinfín de utopías y de sectas. Esta comparación no nos garantiza que la ecología política esté destinada a ocupar el mismo lugar central que el movimiento obrero; permite, sin embargo, plantear esta posibilidad. La influencia ejercida en la opinión por los temas ecologistas y al mismo tiempo la amplitud de una impugnación que pone en tela de juicio aspectos esenciales de la organización económica y social hacen pensar que el problema nuclear es algo más que un problema meramente político y que ya permite definir y distinguir la lucha de las fuerzas más características de las sociedades industriales avanzadas, que también podemos llamar postindustriales: por un lado, los grandes aparatos de gestión que tienen la capacidad de producir los fines y, por lo tanto, los géneros de vida, y, por otro, lo que se puede llamar el público que defiende primero su identidad o una comunidad pero que se esfuerza luego por impugnar el poder de los aparatos y trata de restituir al conjunto de la sociedad la capacidad de producir, de dirigir y de controlar sus cambios y su funcionamiento.